



Por una canción, cien canciones

Liao Yiwu

Prólogo de Herta Müller. Traducción de María Tabuyo y Agustín López Tobajas. Sexto Piso. Madrid, 2015. 536 páginas, 28€



Larry Rother | Publicado el 27/02/2015

A diferencia del acrónimo ruso “gulag”, la palabra china “laogai” no se ha incorporado al inglés, aunque el sistema de la “reforma por el trabajo” que describe funciona a mucha mayor escala de lo que lo hicieron los campos soviéticos, y sigue viento en popa. Por eso, aunque las memorias de Liao Yiwu (Yanting, Sichuan, 1958) sobre su época como prisionero de ese sistema fuesen una áspera relación estadística, estarían prestando **un servicio necesario**.

Pero Liao es un poeta (de hecho, fue encarcelado porque dos de sus poemas, escritos como reacción a la masacre de estudiantes indefensos en la plaza de Tiananmen en 1989, ofendieron al Partido Comunista) con los ojos observadores y la imaginación desbordante de un poeta. En consecuencia, ***Por una canción, cien canciones* es una lectura absorbente y desgarradora**, llena de detalles acerca del sistema del “laogai” y repleta de retratos de personas sometidas a él, desde estudiantes y cristianos políticamente ingenuos e idealistas, a asesinos, violadores, ladrones y estafadores.

Liao, que actualmente tiene 54 años y vive en Berlín, deja claro que hasta su encarcelamiento no sentía interés por la política, y que era un bohemio holgazán y mujeriego. “Estaba influido por los escritores estadounidenses de la generación beat, como Jack Kerouac, y fantaseaba con vagabundear sin un propósito definido”, escribe. **Esta fascinación desembocó en una tendencia a las relaciones pasajeras y en un trabajo como caminero en la autopista Sichuan-Tíbet**. Pero la masacre de la plaza de Tiananmen fue como una descarga que le empujó a actuar, seguida sin demora por problemas para los que no estaba preparado. Al llegar a su primer centro de detención, le invaden la conmoción y la aprensión cuando cae en sus manos un folleto que enumera “108 raras exquisiteces”, un menú a base de “platos” con torturas “cocinados” para los prisioneros recalcitrantes. Por ejemplo, en los “fideos con caldo”, “se sumergen tiras de papel higiénico en un cuenco de orina, y luego se obliga al recluso a comerse el papel y a beberse la orina”.

El título del libro de Liao procede de una tortura posterior, extremadamente personalizada y no incluida en ese menú. Después de que un guardia especialmente sádico lo pillase cantando para sí en voz baja sin autorización, como castigo le ordenaron que cantase 100 canciones. Cuando su voz falló antes de

poder completar esa cantidad, el guardia lo sodomizó con una porra eléctrica. “Chillaba y gemía de dolor como un perro”, recuerda Liao. “La corriente eléctrica me atravesaba la carne y me salía por el cuello. Me sentía como un pato al que le estuviesen arrancando las plumas”. Para fastidiar a su torturador, Liao consiguió, no se sabe cómo, reunir fuerzas suficientes para entonar un himno del Partido Comunista.

El autor subraya varias veces la inhumanidad de la situación a la que se enfrentan los prisioneros utilizando símiles que los comparan con animales. Cuando la policía lo detuvo, “le arrastraron por el barro como si fuese una anguila”; sus compañeros de celda comen apresuradamente, “estirando el cuello como gallos cacareando para ayudarse a tragar”; un prisionero está tan hambriento que corre a un rincón del patio para beber cola a grandes tragos, “encorvándose como una gamba al acecho entre el coral”; una víctima de la paliza de un guardia escapa “abriéndose paso entre la multitud como una lombriz”.

Resulta sumamente instructivo comparar el relato de Liao con otros recuerdos de las prisiones chinas escritos con anterioridad, como Vientos amargos, de Harry Wu, sobre los 19 años que pasó encarcelado en época de Mao. En determinados aspectos, la esencia coercitiva del sistema del “laogai” no ha cambiado nada: el hambre, la tortura y la manipulación psicológica se siguen empleando para quebrantar la voluntad del preso y obligarlo a confesar “crímenes” que no ha cometido y a suplicar la clemencia del Estado.

Tampoco se ha moderado el desprecio del Estado chino por el sistema de derecho, incluyendo su propia Constitución y los acuerdos internacionales sobre derechos humanos que ha suscrito. Liao describe repetidos incidentes en los que los funcionarios de prisiones, los jueces y los fiscales se ríen de él o de otros reclusos, los ridiculizan y los castigan cuando alguno de ellos osa recordarles que están violando las garantías constitucionales. **“Es como si las leyes chinas fuesen una goma elástica”, le dice a otro recluso. “El juez puede estirarlas o devolverlas a su estado inicial. Todo depende de si le gustas o no”.**

Pero en la época en la que Liao estuvo preso, el maoísmo se había abandonado, las cárceles se habían convertido en una avanzada más del capitalismo de Estado, y sus guardias proclamaban con orgullo que iban a “poner en marcha un mecanismo competitivo orientado al mercado”, aunque seguían exigiendo a los presos que cantasen “El socialismo es bueno”. Así que Liao se encuentra con que primero le encargan que monte cajas de medicinas en su celda -el cupo era de 3.000 unidades al día- y más tarde lo destinan a una fundición de hierro que fabrica piezas para coches. “En 1992, el veterano líder Deng Xiaoping había hecho su llamamiento a profundizar la reforma económica de China”, relata. “Todo el país se movilizó para ‘hacerse rico rápidamente’. **El personal de la cárcel no se quedó a la zaga, y se apresuró a sacar tajada del trabajo gratuito para llenarse los bolsillos**”.

Con el tiempo, Liao llegó a ver en el sistema del “laogai” un remedo de los rasgos básicos de la vida cotidiana en China. “En mi celda, que no medía más de 20 metros cuadrados para 18 hombres, los jefes habían creado una reproducción exacta de la burocracia estatal del exterior”, en la que “los que tenían el poder gozaban de privilegios ilimitados”, explica. Según el autor, lo contrario es igualmente cierto: “China sigue siendo una cárcel para la mente; prosperidad sin libertad”, escribe. “Todo el país puede pasar el día entero encolando cajas para medicinas. Ese es nuestro mundo feliz”.

Liao cuenta asimismo que, después de que los pusiesen en libertad, muchos de los presos políticos con los que compartió cautiverio “abandonaron sus aspiraciones artísticas y políticas y se unieron al resto del país en su búsqueda infatigable de dinero”. **Pero él demostró ser más obstinado.** Cuando los vigilantes de la Oficina de Seguridad Pública que lo seguían observando se enteraron de que había escrito sus memorias y que tenía la intención de publicarlas, fue invitado a una casa de té para hablar francamente.

Si no abandonaba sus planes, podían hacerlo “desaparecer bastante tiempo” sin problemas, le advirtió un oficial de policía que, sencillamente, no podía entender por qué Liao se negaba a ser como los demás. “¿Por qué no puede escribir libros sobre historias de amor inofensivas, y nosotros se los publicamos y le hacemos

rico?”. Por suerte para todos los interesados en la China contemporánea, Liao no hizo caso de la advertencia.
